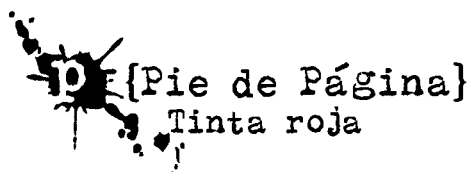


Como dicen en mi pueblo: el habla de los pueblos españoles

VV. AA.

ANA ESTRADA ARRÁEZ, BEATRIZ MARTÍN IZQUIERDO,
CARLOTA DE BENITO MORENO (EDS.)



Índice

Prólogo	
INÉS FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ	13
«Parece todo más planeado de lo que ha sido nunca»	
ANA ESTRADA ARRÁEZ, BEATRIZ MARTÍN IZQUIERDO, CARLOTA DE BENITO MORENO	19
1. Cosas que solo encontrarás en Mallorca: los <i>chinos</i> del calendario y el <i>yeso</i> de oveja	
ANDRÉS ENRIQUE-ARIAS	29
2. Si me queréis... leerse este capítulo: no se vais a arrepentir	
CARLOTA DE BENITO MORENO	45
3. ¿Pronunciar o pronunciare? Esa es la cuestione	
MÓNICA CASTILLO LLUCH, CRISTINA PEÑA RUEDA Y MICHIEL DE VAAN	63
4. Cuando los perros dicen <i>guado</i>	
ANA ESTRADA ARRÁEZ	77
5. No todos los dialectos del español existen igual	
JORGE AGULLÓ	95
6. El COSER es <i>ansí</i> : morfología y variación dialectal en el adverbio de manera <i>así</i>	
JAVIER RODRÍGUEZ MOLINA	117
7. ¿Por qué Carlos quiere ser Carlitos?	
BEATRIZ MARTÍN IZQUIERDO	135
8. Si tendría dinero me compraría una casa, o la variación en los tiempos verbales	
ENRIQUE PATO	161
9. Eso también ya pienso: la influencia del euskera en el uso afirmativo del adverbio <i>ya</i> en el norte peninsular	
CRISTINA MATUTE	179
10. A eso no lo doy importancia o por qué no hay que preocuparse por ser leísta, laísta o loísta	
INÉS FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ	193
GLOSARIO SUI GÉNERIS	211
AGRADECIMIENTOS	219
BIBLIOGRAFÍA	221

Prólogo

SOY DE CIUDAD, PERO HE pasado todos los veranos de mi infancia en un pueblo del interior de Castilla con nombre de resonancias épicas: Atienza, cerca de Corpes, en Guadalajara. En aquel entonces los pueblos eran muy diferentes. Había calles que podían no estar pavimentadas, el cuarto de baño no era habitual en todas las viviendas, y los hombres y las mujeres no se vestían como lo hacen ahora. Recuerdo a la Pilar, siempre de negro, falda de refajo y peinada con un moño en la nuca. Para entrar en nuestra casa se pasaba por un callejón en que vagabundeaban las gallinas y había que ir sorteando sus excrementos. La Pilar degollaba y desplumaba las gallinas con una facilidad pasmosa. Sus manos eran enormes, hinchadas por el trabajo. También las de nuestros vecinos, Manuel y María, que labraban el campo y que cada tarde subían la cuesta del pueblo desde las eras en su borrico, en el que a veces me dejaban encaramarme. Los dos eran bajitos, tan bajitos como la gente que no ha comido bien, pero también muy fuertes, infatigables trabajadores. Ninguno sabía leer ni escribir. Manuel se manejaba con las cuentas, pero María tenía que fiarse de la vuelta que le daban en la tienda del pueblo cuando compraba. No sabía sumar ni restar.

Los traté más, y con más madurez, cuando empezaba mi tesis doctoral y pasé algunos meses del otoño de 1986 en el pueblo. Ya filóloga, empecé a escuchar con mis oídos de lingüista su forma de hablar. A Manuel, que nunca se quitaba su boina, le gustaba cultivar sus *judiejas*, miraba cómo *juegaban* los chava-



Manuel y María

les en el frontón del pueblo, nos preguntaba ¿cuándo *volverís*? y repetía, al despedirse, que *en tuviendo buen burro...* para recalcar que tendríamos buen viaje porque teníamos coche. Pero fue en 1988, al enseñar dialectología, cuando la lengua de Manuel y María cobró una nueva dimensión para mí. Pronto me di cuenta de que muchas de las preguntas que me hacía sobre variación gramatical no tenían respuesta en las publicaciones dedicadas al español rural. La migración masiva de la población del campo, la urbanización continua y creciente que aqueja al globo desde la segunda mitad del siglo xx, puso el centro de atención en las ciudades, sus habitantes y sus usos lingüísticos. Olvidó, en cierta forma, a la población rural. El aislamiento y la lejanía del campo no es solo física, sino que arrastra un lastre más importante: la variedad lingüística rural apenas se observaba, no generaba preguntas de investigación ni se aplicaban a ella las novedades teóricas que sí recibían las variedades urbanas. Del mismo modo que el alumno de una escuela de pueblo o el

paciente rural no siempre tienen acceso a la educación o sanidad más moderna (y pueden recibir contenidos o tratamientos ya poco frecuentes en la ciudad), su forma de hablar resultaba poco interesante para los lingüistas. Apenas era descrita y se estudiaba con métodos ciertamente anticuados.

Se me impuso entonces la necesidad de regresar al campo. Volver para recoger lo no documentado, para escuchar a los hablantes olvidados como Manuel y María antes de que desaparecieran, para saber qué tenían que decirnos esas variedades sobre la gramática del español, para sacar la enseñanza universitaria del aula y acercarla a la realidad de los datos. Los viajes de prácticas de dialectología, el trabajo de campo, han tenido la virtud de convertir a no pocos estudiantes en investigadores entusiastas del estudio de la variación gramatical. También se han contagiado del mismo vicio algunos colegas. Cada año desde 1990 he —hemos— vuelto al campo y, campaña a campaña, ha ido naciendo el Corpus Oral y Sonoro del Español Rural. Cada primavera, cada otoño, cada verano, cuando al alejarnos de Madrid nos salía el campo al encuentro, la inmensidad del cielo, el brillo de los colores, el reflejo de la luz en los árboles, el olor del aire, la sinuosidad del paisaje, los campos de olivos, almendros o cereal, me infundían un optimismo indescriptible. La alegría que desata lo bello, la plenitud que da la comunión con la naturaleza. Y siempre, después, venía el placer del descubrimiento, la constatación de que se nos revelaban secretos olvidados u ocultos de la lengua, milagrosamente preservados por los hablantes en esos lugares.

Los pueblos que hemos recorrido no son los más turísticos, pero sí quizá los más hermosos. Recónditos entre montañas o accesibles en llanuras abiertas, de casas encaladas en blanco o hechas de piedra, generalmente pequeños, nunca recibirán un turista al uso. Se encuentran en carreteras secundarias que nadie seguiría si quiere cruzar el país de lado a lado. Descubrir los paisajes en que se enclavan, conocer la silueta que construyen en

armonía con su entorno, disfrutar de cada rincón de la geografía española, tan hermosa y tan diferente, ha sido uno de los mayores regalos que he recibido en estos años.

Otro regalo han sido los hablantes. Con confianza impensable en un medio urbano, sin conocernos de nada, nos han abierto sus casas y sus corazones para hablarnos de las tradiciones, de la vida de antes y la de ahora, compartiendo recuerdos y emociones. Por motivos indescifrables, algunas entrevistas se me han quedado grabadas a fuego en la memoria y recuerdo vivamente la luz del momento, la belleza del lugar, la simpatía del hablante, el ejemplo lingüístico imprevisto, la dignidad y entereza de sus testimonios o la generosidad con que nos acogieron. Las entrevistas cuentan la intrahistoria de nuestro país en el campo, los trabajos y las alegrías de aquellas personas que rara vez salen en los periódicos, por ser rurales, pero también por ser mayores.

Aunque, sin duda, el premio máspreciado ha sido poder estudiar su lenguaje. Desde que comenzamos a grabar, se revelaron multitud de aspectos lingüísticos ignorados o mal comprendidos y se plantearon un sinfín de nuevas preguntas. El testimonio del habla rural ha permitido contemplar con otros ojos el leísmo, laísmo y loísmo, el desplazamiento del subjuntivo por el indicativo, los verbos y pronombres reflexivos, las construcciones existenciales, los diminutivos, la evolución de adverbios como *ya* o *así*, la influencia del mallorquín en el castellano, la pérdida de la *-d-* o la adición o paragoge de vocales tras una *-r* final, entre otras muchas cuestiones. Nuevos ojos y oídos que son los de los lingüistas aquí reunidos, que se emocionaron al escuchar lo inesperado y se volcaron en su comprensión. De todo ello se sabía antes como se tiene noticia de un conocido: se sabe que existe, se le saluda y se intercambian unas breves y circunstanciales palabras con él, pero no se sabe, en realidad, dónde vive, cómo se comporta en cada situación, qué persona es. Aunque nunca podamos estar seguros de conocer a una persona del todo, lo cierto es que hoy tenemos

PRÓLOGO

presente a un conjunto de nuevos individuos que antes soslayábamos: entidades lingüísticas que responden por nombres y apellidos, cuyas coordenadas espaciales y de comportamiento son mucho más precisas. Volver al campo ha desencadenado una feliz epifanía y este libro trata de llevar a cualquier lector la buena nueva.

Nada hubiera sido posible sin dos ingredientes básicos en la búsqueda de la verdad: la inteligencia de los problemas y el empeño por compartirlos con los demás. Guiadas por la brújula del amor hacia la lengua, las editoras de este libro han arrastrado a todos los autores, con entusiasmo inagotable, para brindárselo ahora a ustedes.

INÉS FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ